

J. BALLESTEROS, *Ecologismo personalista*, Tecnos, Madrid 1995, 119 pp.

Cuando la filosofía se ejerce al impulso de las preocupaciones que la propia época y el propio mundo vital plantean al pensador, las reflexiones puestas por escrito, si provienen de un autor que sea realmente un filósofo, como es el caso del prof. Jesús Ballesteros, suelen estar dotadas de frescura y complejidad a la vez. Así sucede con este extraordinario trabajo, que prolonga la tarea de pensar la contemporaneidad iniciada por el autor en *Postmodernidad: decadencia o resistencia* (Madrid, Tecnos, 1989. Ver mi recensión en *Persona y Derecho* 21 (1989/2), pp. 225-230).

La obra consta de un prólogo y cuatro capítulos. Al comienzo del prólogo (p. 9) se hace referencia al desarraigo de crecientes sectores de la población, a la destrucción a través del arsenal armamentístico y a la desnutrición, debida a la injusta distribución de recursos en el planeta, como carencias que definen a juicio del autor el panorama de la crisis actual de nuestro mundo. Ante semejante cuadro puede adoptarse la actitud de los posmodernos decadentes, para quienes no existen perspectivas de cambio. O la de la *deep ecology*, que propone una respuesta al problema consistente en reducir al máximo la presencia del factor que lo causa, es decir, del hombre, estableciendo así un nexo entre amor a la naturaleza y odio al hombre. Pero también cabe tomar otra postura, que el autor conecta con su propuesta de la "postmodernidad como resistencia", consistente en una rectificación del rumbo que ha conducido a la humanidad a la crisis de nuestros días, sobre la base de aceptar la continuidad del hombre con la naturaleza ("estamos formados de barro"), y a la vez el hecho de que los humanos somos los únicos seres creados a semejanza de Dios, lo que habilita a la especie para una política basada en la administración responsable del entorno natural (p. 10). Esta propuesta combina, por tanto, una posición ecológica con la afirmación de la superioridad del hombre sobre el resto de la naturaleza física sin ambigüedad alguna. Recibe por ello el nombre

de ecologismo personalista, fórmula que da título al libro, y que se explicita en el subtítulo: "Cuidar la naturaleza, cuidar al hombre".

Puede sorprender que se introduzca, ya en el prólogo, el dato teológico de la creación del hombre a semejanza de Dios. Se trata de una referencia que el autor desarrolla en otros momentos de su exposición, y que constituye una de las tesis implícitas en el trabajo, a saber, que las distintas posiciones sobre la relación entre el hombre y la naturaleza se encuentran vinculadas con diferentes conceptos de la divinidad y de lo religioso. Por otra parte, en éste y otros trabajos de Ballesteros subyace un claro abandono de lo que él ha llamado en ocasiones la "primacía del método": la obra puede clasificarse como un estudio de filosofía social, pero también de filosofía política, o jurídica, o de ética aplicada, puesto que no traza demarcaciones artificiosas en el cuadro que ofrece la realidad, ni rehúye para interpretarla los datos que pueden resultar de interés, aunque procedan de diferentes formas de conocimiento o ramas del saber. Eso es precisamente lo que confiere a este tipo de trabajos la frescura y la complejidad simultáneamente.

Más allá de que el tema de Dios y la condición creatural del hombre puedan poseer un estatuto estrictamente racional, asunto que no aborda Ballesteros, y que por idénticas razones de espacio y línea argumental tampoco cabe abordar aquí, el proceder consistente en la referencia teológica debe considerarse acertado. En primer lugar, porque aunque se tratase de un dato falso, constituye uno de los pilares centrales de la cosmovisión cristiana, presente en el núcleo profundo de la cultura occidental y capaz, por tanto, de explicar determinados comportamientos humanos y de orientarlos. En segundo lugar, porque la fragmentación desintegrada del saber humano relativiza notablemente el valor de dicho saber en la medida que lo aleja de la realidad. En tercer lugar, porque casi nadie exige hoy en la comunidad científica, ni mucho menos en la filosófica, un conocimiento exento de supuestos, por lo demás imposible. Lo que sí cabe exigir, y con ello cumple Ballesteros ya en el prólogo, es que se declaren los supuestos, para que sea posible evaluar con mayor acierto la comprensión ofrecida por el autor, y determinar su alcance, y para que no escapen a una eventual discusión. En cuarto lugar, y como consecuencia de lo anterior, porque, en mi opinión, sólo la consideración del hombre como ser creado por Dios a su imagen y semejanza permite justificar la trascendencia del sujeto humano sobre el resto de los seres del universo físico, su carácter de fin no instrumentalizable (dignidad), y su dominio sobre el resto de la naturaleza, trazando a la vez límites a este dominio, e impidiendo que pueda configurarse como un señorío despótico. Si se prescinde de la referencia a Dios no es sencillo fundar con ultimidad, por tanto, la crítica de la *deep ecology*, que

equipara a la especie humana con las demás, ni de la del neomalthusianismo y la sociobiología, que aspiran a la solución de los problemas ecológicos mediante la liquidación del hombre a manos de sus semejantes. Desde mi punto de vista, tanto la ecología profunda como estas otras corrientes, aparentemente de signo contrario, poseen el común denominador de ofrecer por toda respuesta la destrucción del sujeto de los problemas, en un ejercicio de incapacidad, tal vez procedente de un dogmatismo de signo opuesto al dogma cristiano, para cuestionar algunas de las bases sobre las que se sustenta la mentalidad moderna. Ello les identifica como exponentes de lo que Ballesteros llama, en su libro sobre la postmodernidad, tardomodernismo decadente.

Por otra parte, la referencia a la divinidad funda también en este libro una crítica moral del antropocentrismo tecnocrático, aunque también cabe formular reproches a éste último desde la simple constatación de sus consecuencias, como hacen las diversas doctrinas ecologistas, que insisten en la limitación de los recursos naturales; o desde el examen de sus presupuestos teóricos (optimismo progresista, etc).

En el capítulo primero se exponen las líneas fundamentales de la tesis que da título al trabajo. Los tres restantes muestran las consecuencias que cabe extraer de la mismas en diversos campos.

Para su mejor comprensión, la propuesta de Ballesteros está precedida por una referencia sintética a la actitud típica de la modernidad ante la naturaleza, generadora de los actuales problemas ecológicos, y de los planteamientos biologists, que constituyen, a juicio del autor, respuestas erradas a dichos problemas.

La exposición de la mentalidad tecnocrática moderna (pp. 14-20) ofrece un esquema que destaca las ideas de autarquía del sujeto humano, dominio incondicionado y despótico de la naturaleza, confianza absoluta en el poder tecnológico, optimismo progresista respecto del futuro y desvalorización de la naturaleza, que es contemplada como simple fuente de recursos para la actividad transformadora y creadora de riqueza de la inteligencia humana. Esta mentalidad, nacida y desarrollada en el mundo occidental, ha supuesto históricamente una valoración negativa del pluralismo cultural, "ya que existe un único modelo de civilización: el que defiende la administración ilimitada de los recursos" (p. 19). Ello comporta un claro etnocentrismo, al pretender aparecer como *the best one way*, despreciando al resto de las culturas, lo cual supone un fuerte condicionante para combatir la guerra entre los pueblos, principal factor de destrucción ecológica. Tampoco el problema del hambre encuentra fácil solución desde esta perspectiva, pues confía ilusoriamente en el carácter ilimitado de los recursos, que conduce a la sobreexplotación del suelo,

a la contaminación del agua y del aire y a la desertización (p.20). Además, desde este modo de pensar, los problemas ecológicos son vistos como cuestiones técnicas, solucionables técnicamente, para las que resulta por completo inadecuado cualquier tratamiento ético.

Sin embargo, para Ballesteros la solución no puede venir de planteamientos que comparten con la tecnocracia su condición moderna. El neomalthusianismo ofrece una visión certera de la dependencia del hombre respecto de la naturaleza y de la limitación de los recursos naturales pero resulta más discutible su afirmación sobre la inevitabilidad de la pretendida ley del crecimiento exponencial de la población y sólo aritmético de los alimentos, "que no se ha cumplido de hecho nunca a nivel del planeta, aunque sí a nivel de determinadas regiones, donde generalmente está presente la guerra" (p. 21). Su teoría de la lucha por la vida y la supervivencia de los más aptos responde a la dinámica capitalista y continúa, por tanto, la posición tecnocrática en la forma de una versión pesimista y potencialmente biologista, puesto que el esquema de la lucha por la supervivencia unifica la descripción de la vida humana y la animal, y permite subordinar la justicia a la pervivencia de los más adaptados. El hambre aparece como algo inevitable, siéndolo también la necesidad de un mercado sin límites éticos, de modo que el único modo de hacer frente a la crisis alimenticia es limitando la población (p. 22).

Esta combinación de malthusianismo (lucha por la supervivencia como consecuencia de la escasez alimenticia) y darwinismo (equiparación de la especie humana con las restantes especies animales) ha dado lugar en nuestra época a la *deep ecology* y a la sociobiología. Por lo que se refiere a la primera, constituye una radicalización de la defensa de la vida en general, que estaba presente en algunas religiones orientales, hasta sostener la necesidad de reducir vidas humanas, eliminándolas incluso, para preservar la vida en general. En el fondo de esta actitud, que sacraliza la naturaleza salvaje y olvida la cultivada por el hombre, es perceptible una disolución de la persona en lo telúrico, excluyendo la libertad, la intencionalidad, la culpa o la responsabilidad humanas. La administración de la naturaleza se vuelve desde aquí inadmisibile, puesto que se basa sobre la jerarquía hombre-naturaleza, contra la que se debe reaccionar, al igual que contra el monoteísmo y el humanismo, responsables de la ruptura de los lazos sagrados del hombre con la tierra y del chovinismo humano. Por el contrario, para la *deep ecology* es preciso defender la biodiversidad genética, regional y cultural, y la vida salvaje de todas las especies, retornando al modelo humano de la caza y la pesca (p. 25). Calidad de vida (en general) se opone a cantidad de vidas (humanas), que deben irse reduciendo por medios pacíficos. Para Ballesteros el desacierto de este

planteamiento es la defensa de un igualitarismo de la biosfera en que se equiparan los derechos de los hombres con los de las plantas; lo cual está muy lejos de la propuesta, nítidamente humanista, realizada por los países del Sur en la reciente Cumbre de Río. Su insistencia en la necesidad de no ayudar a los países que no sean capaces de ayudarse a sí mismos y en el control de natalidad dirigido a posibilitar la supervivencia de los individuos humanos más aptos, desemboca en la propuesta de un gobierno mundial para hacer frente a los problemas ecológicos (Ehrlich), en el que de hecho se establecería, según Ballesteros, una dictadura de los países desarrollados sobre los subdesarrollados basada en el control demográfico radical (p. 28).

Todo ello sitúa a la *deep ecology* en la misma dirección que el maltusianismo. Su error fundamental consiste en una concepción de las relaciones entre el hombre y la naturaleza bajo el signo del enfrentamiento, al igual que la tecnocracia pero de signo contrario: "En ambos casos se presenta a los seres humanos como seres extraños a la tierra, como depredadores, sólo que en una cosa eso se valora positivamente y en la otra negativamente. (...) En ambos casos se desprecia que el hombre sea el único ser capaz de cuidar de la naturaleza, como se ha subrayado desde el Génesis, ya que ello va unido a la aborrecida agricultura" (p. 29). No obstante, Ballesteros destaca algunos aspectos positivos en ella, como la conciencia de la necesidad de ecologizar la economía, extendiendo la preocupación al largo plazo y la idea de una pluralidad de usos de la naturaleza, más allá de lo puramente económico.

Por lo que se refiere al socialdarwinismo o sociobiología, Ballesteros resalta sus nexos históricos con la ecología y su probable influencia en el nazismo, y señala que constituye la inversión del planteamiento hobbesiano, que postulaba el triunfo de la sociedad civil sobre la natural, en la medida que para los socialdarwinistas (Ardrey) constituye un motivo de preocupación que el hombre haya dejado de considerarse un animal más (cazador), para creerse el amo de la naturaleza (agricultor). Semejante planteamiento envuelve un biologismo que postula la inevitabilidad de la guerra y la superioridad del macho sobre la hembra, esto es, el patriarcalismo y la sumisión de la mujer, excluida de la guerra como sujeto (pp. 30-31).

Otro rasgo que destaca Ballesteros en el pensamiento de los sociobiólogos es precisamente su visión fragmentaria, que les lleva a liquidar la idea de unidad de la especie humana, consagrando la diferenciación entre "nosotros y ellos" por razones de supervivencia (Wilson); a la consideración de la sociedad como algo ceñido a un lugar (biotopo) y a unas fronteras determinadas; y al consiguiente etnocentrismo. Para el autor, los problemas ecológicos demandan exactamente el tratamiento contrario, esto es, la superación de la

morfología social basada en el etnocentrismo y la consideración de la unidad planetaria, que impregna los últimos informes mundiales sobre la problemática ambiental (Cumbres de Estocolmo y Río). Ello conduce, a su vez, hacia lo supraterritorial y supranacional en la defensa de los derechos humanos.

Para comprender el valor específico de la propuesta de Ballesteros es necesario advertir el elemento común a las posturas biocéntricas. En efecto, tanto la *deep ecology* como la sociobiología coinciden en desconocer la superioridad cualitativa del hombre sobre el resto del ecosistema. Pueden contribuir a corregir el curso de la economía, pero no para el momento presente, sino sólo a largo plazo y considerando exclusivamente las necesidades de las generaciones futuras. Su discrepancia política (universalismo y pacifismo de la *deep*, frente a territorialidad y chovinismo de los sociobiólogos) conduce, sin embargo, a idénticas consecuencias de inhumanismo.

Frente a ambas, el ecologismo personalista entiende las relaciones entre el hombre y la naturaleza en términos de cooperación, simbiosis, cuidado y diligente administración. El hombre mismo es cuerpo, pero cuerpo personal (pp. 34 ss.): es naturaleza, depende del entorno, de la cadena trófica, pero está dotado de una excelencia propia; como ser activo, es capaz de crear riqueza en mayor grado que la que consume, y capaz de proyectar y de superar la inmediatez instintiva, a diferencia del animal, que vive exclusivamente en el instante presente, sin recuerdo ni proyecto.

Estamos, pues, ante un ecologismo *personalista*, que subraya la diferencia específica del ser humano, y no ante un humanismo de la especie, puramente naturalista. A partir de ahí entiende Ballesteros la subordinación de la naturaleza respecto del hombre, y propone la siguiente tesis, central en su concepción: del mismo modo que tras la visión del hombre que acaba de exponerse subyace el relato de la creación contenido en los primeros versículos del Génesis, el modelo de la relación del hombre con la naturaleza será también la imagen del Dios creador. En la medida en que el hombre no es capaz de superar la dependencia absoluta respecto de la naturaleza, desmarcándose del modo de vivir puramente animal, se convierte en depredador; por el contrario, la aludida superación conduce a la posibilidad de establecer con la naturaleza una relación de cuidado que nace ciertamente de la dependencia de la cadena alimenticia, pero que simultáneamente es capaz de aproximarse a la gratuidad, y que se refleja en actividades como la domesticación de animales o la agricultura, en las que el ser humano trata de obtener lo mejor de la naturaleza, de modo análogo a lo que hace el Dios judeo-cristiano (pp. 37-41).

A partir de aquí no es difícil reconocer las raíces éticas de la crisis ecológica y económica, que apuntan en la dirección del consumismo hedonista, forma de depredación y consecuencia necesaria de la dependencia creciente del hombre respecto de lo creado. El hombre occidental contemporáneo ha perdido a la vez la humildad para reconocer la dependencia; el sentido de su grandeza, para no incurrir en dependencias excesivas e innecesarias; y el sentido de la *pietas*, o agradecimiento, que lleva de la mano a una pérdida del sentido de responsabilidad. Ha confundido necesidades y caprichos, y se ha convertido en esclavo de su posesión, "perdiendo la conciencia de la jerarquía entre el ser y el tener, eliminando recursos no renovables y produciendo desechos no reciclables" (p. 42).

La prioridad de la persona defendida por el ecologismo personalista comporta una modificación de la economía, complementando el modelo diacrónico del desarrollo sostenible con un modelo sincrónico de la solidaridad planetaria. Ello da lugar a un nuevo imperativo categórico, que Ballesteros expresa así: "Obra de tal modo que tu nivel de consumo pueda convertirse en máxima universal por ser compatible con condiciones de vida dignas para la presente y futuras generaciones" (p. 42). Como todas las propuestas de índole estrictamente moral, ésta supone también un notable esfuerzo volitivo, tanto individual como colectivo, pues lo espontáneo es el egoísmo (el "orden espontáneo" de los liberales, o el "sano sentimiento del pueblo" de los fascistas). En el plano político, la clave es la no violencia, el no sexismo y el no etnocentrismo, que conducen a la eliminación de militarismo. En ambas vertientes, económica y política, se requiere la superación respectiva de las dos instituciones centrales de la modernidad, el Estado y el mercado.

El ecologismo personalista de Ballesteros es decididamente universalista: los problemas ambientales y el problema de la paz no pueden resolverse regionalmente; por el contrario, manifiestan la insuficiencia de los estados nacionales y postulan el reconocimiento de la interdependencia ecológica y la asunción de las culpas en la génesis de la guerra y del desastre ecológico, como condiciones inexcusables de una solidaridad abierta (cfr. pp. 44-62).

Asimismo, se traduce en una concepción no individualista de los derechos humanos, que incluye la calidad de vida y el desarrollo como derechos-deberes. Ello lleva consigo modificaciones profundas en la teoría de los derechos, que dejan de definirse por el modelo de la propiedad, para adoptar el nuevo paradigma de la inalienabilidad (pp. 63-90).

Finalmente, el modelo social del ecologismo personalista eleva a la familia a la condición de modelo de humanidad en las relaciones éticas y políticas, y exige superar la mentalidad patriarcal y patrimonialista en el ámbito familiar,

la consideración de los hijos como meras propiedades, estableciendo la igualdad de deberes familiares entre varón y mujer, reflejo de la radical igualdad entre los sexos que funda la obvia igualdad de derechos (pp. 91-109).

Como puede verse, la propuesta de Ballesteros es de naturaleza estrictamente moral y universalista. Ambos caracteres pueden producir un cierto escepticismo en quienes contemplan las cosas desde las coordenadas del tecnosistema. Sin embargo, la demanda de universalización no es más que una consecuencia de la globalidad misma de los problemas, dato reconocido de modo prácticamente unánime en nuestros días (Cfr., por ejemplo, R. Dahrendorf, *Quadrare il cerchio*, Roma, Laterza, 1996), y de la visión particularista que se sitúa en su origen y en determinados intentos de respuesta. Por lo que se refiere a la índole moral de la propuesta, Ballesteros no hace sino constatar la insuficiencia de las soluciones técnicas: los problemas económicos y ecológicos que atenazan a la Humanidad de fines del segundo milenio no se resuelven necesariamente reduciendo el número de hombres sobre la tierra, sino replanteando las líneas básicas de la autocomprensión del ser humano que los ha generado. Los problemas éticos demandan soluciones éticas: esta viene a ser la línea de fuerza del análisis y de la respuesta contenidos en el libro.

El último trabajo del profesor Ballesteros no es sencillo, por más que su tamaño pueda sugerirlo. Tal vez sea ése, el no haber desarrollado el contenido a lo largo de un mayor número de páginas, el único defecto de este excelente libro.

Pedro Serna

J. BENTHAM, *The Panopticon Writings*, Edited and Introduced by Miran Bozovic Verso, Londres-Nueva York, 1995, 158 pp.

Aunque el interés principal de Jeremy Bentham ha de situarse en su filosofía moral y política y en la reforma del Derecho inglés, no puede olvidarse que su "Panóptico" posee una fuerte influencia en el pensamiento moderno. Este modelo de prisión puede caracterizarse como un proyecto lleno de contradicciones y ambigüedades: una cárcel dirigida por un instructor, caracterizado como un empresario capitalista despiadado y como la personificación del estado utilitario.